LOS FUNDAMENTOS DE LA ANTROPOSOFIA

Conferencia pública, pronunciada por Rudolf Steiner, en Elberfeld, Alemania, en1922

En nuestro tiempo frecuentemente se oye decir que, en épocas sombrías y caóticas de la vida espiritual, en que el alma humana ha perdido el ánimo, la confianza y la esperanza, toda clase de movimientos ocultos o místicos suelen encontrar el ambiente propicio para su actuar y, en el presente, acaso sucede que los que dan poca importancia al debido discernimiento, consideran que la Antroposofía también pertenece a tales movimientos. Las consideraciones de esta conferencia sobre los fundamentos de la Antroposofía han de mostrar cuán poco se justifica confundir el método científico antroposófico con aquello con que a veces se lo compara. Desde un principio, la Antroposofía se ha desarrollado sobre la base de la seriedad y una exactitud científicas, como en el campo de las ciencias naturales estas virtudes han sido cultivadas en el curso de los últimos tres o cuatro y hasta cinco siglos pero, principalmente, en el siglo XIX; mas lo que en el ámbito de dichas ciencias sólo puede desarrollarse dentro de determinados límites, la Antroposofía se propone ampliarlo hasta abarcar el conocimiento de los llamados mundos suprasensibles y la comprensión de los enigmas de la existencia, los que ante todo se refieren a los anhelos más profundos del alma humana, esto es, al deseo de investigar lo eterno del alma humana y su relación con los fundamentos divino - espirituales de la existencia.

Si bien la Antroposofía se desarrolla absolutamente sobre fundamentos científicos, también es cierto que, como ella tiene que responder a los grandes y profundos enigmas de la existencia, los que interesan a todos los seres humanos, debió desenvolverse de tal manera que ella resulte asequible al alma humana más sencilla y que corresponda a las necesidades de la vida práctica, como asimismo la vida anímica y espiritual de nuestro tiempo; quiere decir, a los anhelos que buscan el sostén interior y la firmeza del alma, la fuerza para el actuar y la fe en la humanidad y su destino. La Antroposofía igualmente debió responder a las más diversas aspiraciones sociales y principalmente las religiosas, en un sentido al que, en esta conferencia, he de referirme todo de acuerdo -vuelvo a destacarlo- con su fundamento científico. Pero con respecto a este fundamento, hay que agregar que, en cuanto a las posibilidades que se abren a la investigación en el campo de las ciencias naturales, la Antroposofía las tiene que tomar en consideración más seriamente de lo que piensan quienes creen que están basándose firmemente en el método de las ciencias naturales. A este respecto la Antroposofía ante todo tiene que referirse a lo que pensadores juiciosos de dichas ciencias reconocen como los límites del conocimiento.

Si nos servimos del método de investigación de las ciencias naturales, es decir de la observación del mundo físico sensible, del experimento y del pensar, para combinar los resultados de la observación y del experimento, lo que conduce a descubrir las leyes de la naturaleza, como habitualmente las reconocemos, llegamos a la concepción según la cual la investigación científica de las ciencias naturales tiene sus limites y que las mismas no son capaces de penetrar más allá del mundo sensible y sus leyes. Además, sobre la naturaleza humana las ciencias naturales, tampoco, pueden comprender más que aquello que como naturaleza físico sensible proviene de dicho mundo sensible; en fin que tal concepción tiene que contentarse con reconocer los limites con respecto a lo que constituye el valor, la naturaleza y la dignidad del ser humano, sin poder penetrar en lo verdaderamente anímico - espiritual del hombre. La Antroposofía tiene que considerar con la debida exactitud justamente semejantes aspectos, si ella pretende que se la tome en serio: con toda claridad tiene que tomar en consideración que, meramente por arbitrariedad, no es posible, mediante el pensar desarrollado en las ciencias naturales, penetrar más allá del mundo de los sentidos; que no es posible alcanzarlo por arbitrariedad, debido a que el pensar mismo se ha educado y ha alcanzado su fuerza a través de la observación sensoria y que, debido a ello, entra inmediatamente en lo vacío, lo dudoso y lo poco satisfactorio si,

abandonado a sí mismo, quiere penetrar en regiones más allá del mundo sensible. Sabido es que existen ciertas especulaciones filosóficas por las que el pensar, abandonado a sí mismo, pretende pasar de lo físicamente dado a lo suprasensible, mediante conclusiones lógicas de lo temporal a lo eterno. Mas aquel que sin prejuicios, por medio de semejantes conclusiones lógicas, quiere satisfacer sus anhelos anímicos de lo eterno, efectivamente llega a algo que no satisface, pues no tardará en darse cuenta de que: tan seguro como el pensar se siente cuando observa los seres y fenómenos de la naturaleza, tan poco seguro llega a ser el pensar abandonado a sí mismo, cuando trata de penetrar más allá de lo asequible a los sentidos. A raíz de ello existe la controversia de ciertos sistemas filosóficos el uno, según su peculiaridad subjetiva, trasciende el límite del mundo sensible a su manera y establece un sistema; el otro, se basa en otro sistema; pero por este camino no se llega a ninguna concepción armónica, sino que se crea algo que no satisface de modo alguno. La Antroposofía debe tener claramente presente lo que, con ánimo desapasionado, ha de sentirse frente al pensar abandonado a sí mismo, y con ello se le presenta uno de los escollos que debe esquivar para encontrar el camino que conduce a la investigación de lo eterno en la naturaleza humana y en el universo.

La Antroposofía tiene que reconocer los límites de conocimiento de las ciencias; y, por otro lado, tiene que dirigir la mirada hacia el hecho de que hombres de ánimo más profundo, en vista de esos límites del conocimiento, buscan en otros campos la ayuda que, para los grandes enigmas de la existencia, las ciencias naturales no les pueden ofrecer. Ellos tratan de encontrar ayuda en el recogimiento místico, es decir en lo que se suele llamar la visión interior del alma propia, pensando que, por el retiro en lo profundo del propio ser, se puede descubrir algo distinto de lo que se encuentra por medio de las ciencias naturales o a través de la conciencia común. Pero precisamente el que se dedica a la investigación de lo eterno tan seriamente como se lo puede hacer en el ámbito de la Antroposofía, tiene que decirse que también en este otro camino existen las ilusiones a las que muchas veces tales místicos se entregan. Quien es capaz de juzgar la vida anímica humana, libre de prejuicios, sabe lo que en toda la vida anímica significa la recordación humana. Los recuerdos tienen su origen en las percepciones sensorias exteriores; por ellas recibimos nuestras impresiones. Más tarde, a veces después de años, volvemos a extraer de la memoria las imágenes de tales impresiones y puede ser que nuestra alma haya recibido alguna impresión sensoria exterior, acaso de manera semiconsciente, sin haber observado el respectivo objeto con la atención necesaria. En tal caso, la impresión queda sumergida en lo más hondo de nuestra vida anímica; y, de un modo intencional o espontáneo, vuelve a surgir después de años. Y no tiene que aparecer necesariamente igual a como ha sido sumergida en el alma, sino que puede aparecer transformada, de manera tal que sólo el exacto conocedor de la vida anímica la reconoce. Lo que por una impresión exterior se suscita en el alma, se lo recibe impregnado de toda clase de sentimientos y de impulsos volitivos e, incluso, se lo recibe internamente en la constitución orgánico - corporal del hombre, en la constitución total del cuerpo humano; y, después de años, se podrá sacarlo del alma totalmente transformado. Quien juzgue de un modo confuso aquello que no es otra cosa que una impresión sensoria transformada, metamorfoseada por el alma, y sacada de ella mediante el recogimiento místico, podrá entonces creer que se trata de la revelación de algo eterno que no proviene del mundo físico exterior. La Antroposofía tiene que darse cuenta de que los místicos, que tratan de encontrar sus revelaciones de la referida manera, llegan a las más graves ilusiones y, por esta razón, ella tiene que reconocer que tal misticismo representa el segundo escollo; y que, además del escollo del límite de conocimiento de las ciencias naturales, tiene que esquivar el escollo de los limites de la propia vida anímica humana.

Primero, he tenido que expresar lo que antecede, con el fin de hacer notar cuán concienzudamente la Antroposofía examina las fuentes de errores posibles pues, por lo que sigue, he de describirles los senderos por los cuales la Antroposofía puede penetrar en los mundos espirituales suprasensibles; y con ello será necesario relatar aspectos paradójicos, todavía poco comunes en nuestro tiempo. Podría pensarse, y muchos lo creen, que la Antroposofía tampoco es otra cosa que una tentativa más o menos fantasiosa de penetrar mediante el conocimiento en mundos con los cuales la ciencia seria no debería ocuparse. La Antroposofía sabe cuál no es el método correcto de investigar lo espiritual - suprasensible, y, por lo tanto, también puede conocer el punto de partida que permite determinar la manera de cómo realmente se pueden hacer las investigaciones. Al darse cuenta de lo que son los caminos que pueden conducir a ilusiones y errores abre, a la vez, el paso a la verdadera, aunque todavía previslumbrante respuesta a lo que se presenta como una pregunta. La Antroposofía parte de lo que sigue. Con las fuerzas cognoscitivas comunes, como las que poseemos en la vida corriente y en la ciencia oficial, debido al límite de conocimiento de las ciencias naturales y del retiro místico, no se puede conocer más que la naturaleza exterior y lo que de ella la vida anímica humana puede captar. Por consiguiente, para alcanzar el conocimiento de lo que se halla más allá de la naturaleza exterior, se debe apelar a las fuerzas del alma que en ella están latentes en la existencia común, o mejor dicho, de las cuales el hombre no es consciente. La Antroposofía quiere desenvolver esas fuerzas, que en el alma dormitan, para poder penetrar mediante las nuevas fuerzas cognoscitivas, una vez despertadas, en los mundos en que no es posible penetrar por medio de las fuerzas cognoscitivas comunes. Por parte de serios investigadores científicos ya se habla actualmente de toda clase de tuerzas anormales del alma humana o del organismo humano, fuerzas que darían prueba de que el ser humano está en relación con más esferas que aquellas que la biología o la fisiología comunes pueden mostrar. Pero la Antroposofía tampoco se vincula con semejantes fuerzas anormales de la vida anímica humana. Ella apela a las fuerzas normales del alma humana y sólo continúa desarrollándolas. Pero al comenzar hace falta lo que quisiera llamar: modestia intelectual. Es necesario poder decirse: comenzaremos como hemos sido de niño, durante la primera infancia cuando hemos entrado en el mundo, dotados de una vida anímica onírica, la que sólo nos permitía usar los propios miembros del cuerpo de un modo todavía poco hábil y orientarnos apenas o de ningún modo en el mundo. No obstante, por medio de la educación y por la vida misma, se han desarrollado, sacándolas de lo profundo de la naturaleza humana, las fuerzas que al principio habían estado latentes en las profundidades de la organización humana. En posesión de las fuerzas del alma, las que han sido desarrolladas por la educación y por la vida, habrá que decirse: en el alma humana, posiblemente, pueden hallarse latente otras fuerzas más y que éstas, desde un determinado punto de partida, también pueden desenvolverse ulteriormente del mismo modo que las fuerzas anímicas del niño se han desenvuelto hasta su punto evolutivo actual. Ciertamente sólo la práctica puede demostrar la verdad de lo que acabo de expresar; y la investigación antroposófica se desenvuelve en la práctica. Al respecto, se trata de que, ante todo, se considere la totalidad de la vida anímica humana y que las distintas fuerzas del alma continúen desarrollándose, a partir de su estado normal dentro de la vida humana.

En primer lugar, se trata de la fuerza pensante del hombre, la formación de los pensamientos, por un lado, y por el otro, de la fuerza volitiva. Entre ambas, o sea, entre la fuerza del pensar, que se desarrolla a base de las impresiones exteriores, o también a través de la capacidad de orientación que la vida nos haya donado; entre esta fuerza pensante y la fuerza volitiva, por la que estamos situados en la vida con nuestra actividad humana, se halla lo anímico, la suma de nuestras impresiones y nuestros sentimientos. Para la ciencia antroposófica principalmente ha de tratarse desarrollar la fuerza del pensar y la fuerza de la voluntad, elevándolas a un grado más alto que, por la vida común, pueden alcanzar; pues no se puede investigar lo eterno por medio de disposiciones exteriores, sino únicamente a través de un íntimo desarrollo de las fuerzas del alma

como tales. Pero al elevarse el desarrollo de la fuerza pensante, por un lado, y el de la fuerza volitiva, por el otro, a grados más altos de los que se alcanzan en la vida común, se elevará al mismo tiempo de algún modo y por sí solo, como lo veremos, lo que constituye el elemento anímico más profundo y más íntimo de la naturaleza humana, esto es la fuerza del animo (Gemütskraft). Por lo tanto, en primer lugar, se nos presenta la pregunta: ¿Cómo es posible desarrollar la fuerza del pensar para llegar al conocimiento de un grado evolutivo más alto que por la vida común se alcanza?

En mi libro ¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores? y en la segunda parte de mi Ciencia Oculta, como asimismo en otros libros, he descrito el sendero y los ejercicios respectivos; ahora voy a caracterizar, en primer lugar, lo fundamental del desarrollo de las facultades del alma humana, los pormenores correspondientes se encuentran en dichos libros. Para una conferencia introductoria será suficiente exponer lo fundamental con el fin de indicar el sentido y la esencia de la cuestión que nos ocupa.

Lo que en la vida común poseemos como fuerza del pensar se suscita por las impresiones sensorias que se producen de un modo viviente. Observamos el mundo que se nos presenta en colores y sonidos, los que causan en nosotros impresiones vivas y, en el alma, nos quedan entonces pensamientos que nos formamos según estas impresiones. Con razón calificamos estos pensamientos como pálidos, pues sabemos que, en la vida común, los mismos tienen para el alma menos intensidad que las impresiones sensorias; y, también, sabemos que de los pensamientos comunes que se producen a causa de las impresiones sensorias, en cierto modo, nos ocupamos pasivamente en comparación con la intensidad con que, en el alma, experimentamos dichas impresiones. Después, hay que tratar que la vivacidad que estas impresiones suscitan en el alma, sea considerada como ejemplo, según el cual la Antroposofía, quiere desarrollar la vida pensante misma de un modo más elevado y más fortalecido, con el fin de efectuar la investigación. Es preciso que la vida pensante se eleve, se incremente y se fortalezca mediante numerosos ejercicios interiores del alma. Lo que voy a describir aparecerá como algo sencillo pero, en general, la ciencia espiritual, como aquí la entendemos, no es más sencilla que las investigaciones en el observatorio astronómico, en los laboratorios químicos y físicos o en la clínica. Lo fundamental, que ahora describiré de un modo sencillo, requiere para su desarrollo, según la disposición que para ello se tenga, años, meses o semanas. De entre los numerosos ejercicios interiores del alma, solamente voy a escoger algo característico.

Se trata de que, en primer lugar, se fije la atención en el modo de cómo en la vida común se experimenta el pensar. Por extraño que suene el que libre de prejuicios, observe su propio pensar, tendría que decirse que la expresión "yo pienso" no es del todo correcta. El pensar se desenvuelve frente a los objetos exteriores. Sólo nos damos cuenta debido a que, en cierto modo, volvemos la mirada sobre el organismo físico y porque nos percibimos a nosotros mismos desde afuera, nos damos cuenta de que el pensamiento que nos formamos depende de nuestro organismo físico y, por lo tanto, decimos: "yo pienso". Pero para la conciencia común la expresión "yo pienso" no se justifica plenamente; y la ciencia de orientación antroposófica precisamente aspira a que dicha expresión realmente se vuelva justificada. A este fin procede, por ejemplo, a colocar una representación sencilla en el centro de la conciencia de toda la vida anímica. Se puede realizar de tal manera que la atención del alma se concentre exclusivamente sobre tal representación, lo que se alcanza a través del ejercitarse. En los referidos libros, se describen los distintos ejercicios por los que se logra ser capaz de distraer la atención de todo lo demás que, desde afuera o desde adentro, pueda absorber la actividad del alma y para que, plenamente, a voluntad interior, tal como comúnmente se procede con relación a problemas matemático - aritméticos, el alma se abandone a esa representación sencilla. Resulta ser particularmente ventajoso lo que se debería tener en cuenta si tal representación no se extrae de

la memoria, pues en la memoria existen, como al principio ya lo he dicho, las más diversas experiencias metamorfoseadas. Sí la representación simplemente se extrae de la memoria se entremezclan los más variados elementos de lo subconsciente e inconsciente, de modo que jamás se tendría la certeza de que en la conciencia sólo está presente aquello hacia lo cual se dirige la atención a voluntad y conscientemente; y esto es lo que importa. En virtud de ello es conveniente, por ejemplo, que se saque de un libro o de algo parecido lo que se desee emplear para concentrar sobre ello la atención y para que así se tenga algo totalmente nuevo como si se tratara de una impresión sensoria nueva a que el alma se abandona vivamente y que exclusivamente por sí sola absorba la atención. También se puede pedir a una persona, experta en estas cosas, el contenido de tal representación, a fin de estar seguro de tener algo totalmente nuevo para el alma. No hay que temer que, de esta manera, el otro pudiera ejercer un poder sugestivo sobre el alma, ya que no se trata de que el contenido de una representación ejerza efecto sobre el alma, sino que ella misma despliegue sus fuerzas verdaderamente propias con la más viva atención. Así como se puede fortalecer el músculo del brazo al utilizarlo trabajando, también es posible intensificar el pensar de la fuerza anímica, fortalecerlo por medio de la concentración sobre determinadas representaciones con la más viva atención, repitiendo tales ejercicios cotidianamente. Esto conducirá a que la vida pensante misma, independientemente de impresiones sensorias, paso a paso llegue a ser tan viviente y tan intensa como el alma comúnmente experimenta con vivacidad la impresión sensoria. Así como en comparación con la vivacidad de las impresiones sensorias, los pensamientos suelen ser pálidos, así también, por medio de los ejercicios del alma, por la meditación o concentración, es posible un pensar íntimamente fortalecido. Un pensar tan vivaz como lo es la impresión sensoria.

Lo expuesto ya les muestra que la ciencia de orientación antroposófica conduce a resultados contrarios a los que da el desenvolvimiento de ciertos estados anímicos humanos de índole patológica, enfermiza. Lo que el hombre desarrolla como visiones, alucinaciones, mediumnidad, la sugestión por hipnosis y cosas similares, tiende a lo contrario de lo que se entiende por continuar el desarrollo de la normal facultad pensante, según el método de la investigación antroposófica. Si el hombre emprende algo que le conduce a la alucinación, a la visión, haciéndole fácilmente sugestionable, sus fuerzas anímicas en cierto modo se apartan de las impresiones sensorias y fluyen en el organismo humano. Como alucinante, como visionario el hombre se torna dependiente de su organismo en mayor grado que con relación a las impresiones sensorias exteriores. Pero el ideal del sendero de conocimiento antroposófico, que se debe emprender, consiste precisamente en lo característico de lo que anímicamente se experimenta a causa de una impresión sensoria exterior. Por consiguiente, cuando el hombre ejercita la meditación y la concentración, deberá ante todo abandonarse, plenamente, a su voluntad y mediante la atención consciente, al contenido anímico que él mismo ha colocado en el centro de la conciencia. Por tal ejercicio se gana algo específicamente distinto de todos aquellos estados anímicos patológicos con que, únicamente por equivocación, el sendero antroposófico puede confundirse. Cuando el hombre se torna alucinante, visionario, cuando es víctima de la hipnosis, y cuando llega a ser susceptible de sugestiones, toda su personalidad se sumerge en la vida alucinatoria y visionaria; su conciencia común desaparece en lo que se experimenta en los estados alucinatorio y visionario.

Ocurre lo contrario cuando la meditación y la concentración se efectúan de la manera que acabo de describir, ya que se desarrolla una especie de conciencia superior. Cuando el hombre, realmente. alcanza la facultad de un pensar intensificado, fortalecido, se desenvuelven fuerzas anímicas superiores; pero la conciencia común del hombre juicioso, como normalmente vive con relación al conocimiento y a sus deberes, subsiste plenamente al lado de la otra, en cierto sentido, segunda personalidad. El hombre que posee la facultad cognoscitiva común se halla entonces junto a la segunda personalidad de la facultad cognoscitiva superior, controlando y criticando

adecuadamente. He aquí una diferencia fundamental que se debe destacar claramente cuando se habla del conocimiento antroposófico. Si de la manera indicada se fortalece el pensar por medio de la meditación y la concentración, una vez alcanzado un determinado punto del desarrollo respectivo, se podrá decir: ahora realmente soy yo mismo, en mi propio ser, el que piensa; ahora he vivido con mi yo más intensamente en el mundo de mis pensamientos. De la misma manera a como por lo común experimento las impresiones sensorias exteriores, experimento ahora mi propio ser en el mero pensar. Pero el pensar también se transforma; y, ante la mirada del alma en cierto modo, ya no se parece más a los pensamientos pálidos que comúnmente se forman para el mundo de los sentidos. No es más el pensar abstracto, es el intenso pensar que se experimenta de un modo igual a como se experimentan los colores y los sonidos y, por él, se experimenta profundamente el propio ser, hasta se llega a un punto en que se sabe: ahora ya no se piensa por medio del instrumento corpóreo, como por lo común siempre se piensa. La Antroposofía también admite que el pensar común se basa en lo corpóreo.

Pero ahora el pensar se ha liberado del sistema nervioso, lo que se sabe por experiencia interior. Cuando tal instante ha llegado, se es consciente de que en verdad el alma misma vive en pensamientos, independientemente, pero en pensamientos que ya no son abstractos sino que son pensamientos en imágenes. En ese estado, por el que el alma se experimenta a sí misma interiormente, aparece ante el ojo del alma, en un determinado instante, en que el hombre alcanza la madurez respectiva, el primer resultado de la investigación antroposófica, el que consiste en que, ante el alma, se presenta, todo a un tiempo y como un gran cuadro, toda la vida transcurrida entre el nacimiento y el momento respectivo. Por lo común, el contenido de la vida terrenal nos es asequible mediante la recordación pero, por de pronto, como una corriente subconsciente o inconsciente en lo interno del alma. Intencional o espontáneamente, podemos, de vez en cuando, extraer de la corriente que se extiende hasta los primeros años de la niñez, algunos cuadros de memoria; pero lo que, en el alma, vive como una corriente de memoria más o menos inconsciente, no es aquello a que me refiero cuando hablo del cuadro de la vida, por el cual se nos presenta, todo a un tiempo, lo interior de nuestras experiencias en cuanto éstas representan el contenido de nuestra vida terrenal. En dicho cuadro de la vida no se trata de que tengamos ante nosotros acontecimientos separados entre sí, como los presenta la recordación, sino que tenemos ante nosotros lo que se puede reconocer como los impulsos a los cuales debemos nuestras facultades, es decir aquello que por el actuar de nuestro interior nos da las fuerzas morales, pero que desde nuestro interior también dirige las fuerzas del crecimiento corno asimismo la nutrición. Tenemos ante nosotros lo que, en los citados libros, he llamado el cuerpo de fuerzas formativas o si nos servimos de nombres antiguos que a este respecto siempre existieron: el cuerpo etéreo o cuerpo vital del ser humano. Se trata, en segundo lugar, de una organización suprasensible. No es posible percibirla por conducto de las ciencias naturales comunes, ni tampoco por medio del pensar meramente lógico, sino que es preciso haber desarrollado lo que he caracterizado como el pensar fortalecido y que, en los referidos libros, he llamado el conocimiento imaginativo; pero no porque se tratase de imaginaciones ilusorias, sino porque tal pensar vive en el alma a modo de imágenes y porque este mismo pensar es conocimiento. Así que juntamente con el cuerpo físico exterior, delimitado en el espacio, se experimenta aquello que quisiera llamar un cuerpo - tiempo, un cuerpo que está en movimiento, al que ahora se puede percibir por el ojo del alma, cual un enorme cuadro de la vida, todo a un tiempo y que contiene - hasta donde alcanzamos percibir la vida terrenal- todo lo que interiormente nos ha constituido. Prácticamente, no es posible dibujar dicho cuerpo de fuerzas formativas. Si se lo quiere hacer, es necesario ser consciente de que se debe proceder como para pintar el relámpago, en cuyo caso sólo se puede expresar un instante. Lo que del cuerpo etéreo fuese posible dibujar o pintar, sería algo así corno un instante de la incesante movilidad de un rayo. Así se ha alcanzado el conocimiento de que, en su interior, el ser humano no solamente posee los resultados de las fuerzas corporales, químicas y físicas, sino que, por la visión, se ha llegado al conocimiento de

que el hombre lleva en su interior algo que tiene el carácter de los pensamientos y que es asequible por medio de los pensamientos concentrados y fortalecidos. He aquí el primer resultado antroposófico, el hecho de conocer por la visión este primer miembro suprasensible de la naturaleza humana, esto es, el cuerpo de fuerzas formativas, el cuerpo etéreo.

Con el fin de dar otro paso más es necesario que no solamente se hagan los ejercicios de concentración y meditación de la manera descripta, sino que se preste atención a que -si bien uno puede abandonarse a la meditación y la concentración plenamente a voluntad y con íntimo discernimiento, tal como procede el matemático en sus operaciones aritméticas- también se está entonces enteramente entregado al contenido de la concentración, de modo que cuesta mucho volver a retirarse de aquello en que el alma con la más viva atención se ha concentrado. Debido a ello es necesario, paralelamente con los ejercicios de concentración, hacer otros ejercicios, totalmente distintos, los cuales tienen la finalidad de hacer desaparecer, conscientemente y también a voluntad, lo que con toda intención se ha colocado en la conciencia para el ejercicio de la concentración. Si, durante mucho tiempo y en sucesión rítmica, se hacen los ejercicios de suprimir con toda fuerza las representaciones colocadas en el centro de la conciencia, se alcanzará una singular facultad anímica de suma importancia para la ulterior actividad espiritual. Se alcanza lo que quisiera llamar la conciencia vacía dentro del pleno estado de vigilia.

Se comprenderá de qué se trata esto, si se considera lo que sucede cuando el hombre no recibe impresiones exteriores o si, las mismas, se presentan como inconsistentes en sí mismas, porque se producen monótonamente, repitiéndose constantemente, de modo que mitigan la atención, lo que -como lo sabemos- conduce a la conciencia opaca somnolienta. Pero no es posible alcanzar la conciencia vacía sin los ejercicios correspondientes. Únicamente si primero se han hecho los ejercicios para despertar en la conciencia los pensamientos fortalecidos y luego los ejercicios para borrarlos, se podrá mantener la conciencia tan intensa, tan despierta que la misma es capaz de conservar el estado de vigilia, cuando ella va quedando sin contenido. Pero, en primer lugar, es necesario saber crear esta conciencia vacía, si se quiere dar un paso más después de haber obtenido el primer resultado de la investigación antroposófica, o sea, la visión del cuadro de lo interior anímico que se ha formado desde el nacimiento. Después de haber hecho, durante el tiempo suficiente, los ejercicios para hacer desaparecer las representaciones, y cuando se haya alcanzado el debido estado de madurez, se tendrá la capacidad de suprimir igualmente el cuadro de la vida descrito, de suprimirlo después de haberlo colocado ante el ojo del alma. Cuando se logre borrar este cuadro de vida, esto es, todo nuestro ser humano interior, como éste se expresa en nuestro cuerpo como algo de incesante movilidad; repito: cuando se logre suprimir este ser humano interior, este hombre terrenal etéreo, este cuerpo de fuerzas formativas y no se llena la conciencia con impresiones exteriores, sino que se la deja vacía, se producirá el segundo grado de conocimiento superior.

Al primer grado lo he llamado el conocimiento imaginativo, el que se alcanza a través de la visión del propio interior subjetivo que es el cuadro de la vida, tal como lo he descrito. Al haberlo alcanzado, hay que tener presente con toda claridad que este primer grado del conocimiento superior da solamente la visión del propio interior, lo subjetivo. Sabiéndolo, no se caerá en ilusiones, ni mucho menos en visiones o alucinaciones. El investigador espiritual, en sentido antroposófico, juzga, por cierto, cada paso de su camino científico con absoluta claridad. Cuando por supresión del cuadro de la vida se alcanza la conciencia vacía, se obtiene el segundo grado del conocimiento suprasensible. Lo he llamado el conocimiento inspirativo. No hay que confundirlo con nada semejante a superstición o alguna cosa tradicional sino que, únicamente, hay que pensar en lo que yo mismo describo. Y cuando, al haberse creado la conciencia vacía por medio de la supresión del cuadro de la vida, del cuerpo de fuerzas formativas, aparece en el alma, a través de la inspiración, lo que el alma misma, antes del nacimiento o mejor dicho, antes

de la concepción, había sido como ser puramente espiritual - anímico en el mundo espiritual anímico. Se alcanza entonces el instante de la investigación en que por visión espontánea se llega a conocer lo eterno de la naturaleza humana.

Así se evidencia que el que habla, desde el punto de vista antroposófico, no puede, mediante conceptos abstractos cualesquiera, demostrar la inmortalidad mediante conclusiones lógicas o algo parecido, sino que él debe describir, paso a paso, lo que el alma tiene que realizar por medio de íntimos ejercicios interiores, para alcanzar el punto en que ella pueda percibir lo que como algo eterno vive en el alma; repito, en que pueda percibir lo eterno del alma, en el momento en que por la concepción se había unido con las tuerzas físico corpóreas, provenientes de los padres y sus antepasados. Se puede preguntar: cuando por la inspiración se tiene la visión de algo espiritual - anímico, ¿cómo se sabe que se trata de lo espiritual - anímico del alma, de antes de la concepción? Sólo por medio de un parangón puedo hablar de lo que en dicho instante se presenta al alma como una experiencia espontánea. Quien tenga el recuerdo de alguna experiencia terrenal, tendrá en tal caso una imagen de lo vivido diez años atrás; y, según el contenido de la imagen, se daría cuenta de que, en el alma, no tiene el recuerdo de algo acontecido en la actualidad, sino que el contenido de la imagen le hace ver que se trata de algo acontecido diez años atrás. En cambio, el contenido de lo que se experimenta por la conciencia inspirada se manifiesta como algo muy distinto de lo que existe en el mundo físico - sensible, cuando el alma vive en el cuerpo. Se tiene la experiencia del tiempo, al igual que el recuerdo de lo vivido en la tierra, y la impresión misma indica que la visión se refiere a la vida prenatal, a lo que el alma había experimentado en el mundo puramente espiritual - anímico, antes de haber entrado en el seno materno, en lo físico - sensible que, a ella, envuelve durante la vida terrenal.

Después de haber alcanzado el grado del conocimiento inspirativo, con que se da la posibilidad de buscar el problema de la inmortalidad, hacia un lado, es decir, hacia el lado prenatal, se podrá ahora, mediante otros ejercicios cognoscitivos, tomar en consideración el otro aspecto del problema de la inmortalidad; y esto sólo se puede hacer por medio de ejercicios de voluntad. Los pormenores respectivos también se encuentran en los dos libros antes mencionados; pero aquí voy a indicar lo fundamental. La voluntad humana no piensa, no se parece al pensar común. Esto último surge interiormente, estimulado por impresiones exteriores, mientras que la voluntad se origina en lo interno del organismo mismo; pero en la vida común solo experimentamos la voluntad de una manera particular. Tomemos, por ejemplo, la decisión o el impulso volitivo más sencillo, el movimiento de una mano, el que se efectúa obedeciendo a un impulso volitivo, y preguntémonos: ¿qué es lo que de tal impulso volitivo tenemos en la conciencia? Comúnmente, no reflexionamos sobre este hecho, pero para la investigación bien ordenada es necesario basarse en un punto de partida seguro. Lo que ante todo tenemos es el pensamiento: queremos levantar o mover el brazo, la mano. Pero, por la conciencia común, no sabemos nada acerca de cómo tal pensamiento entra en la organización física, cómo estimula los músculos, cómo fluye sobre los huesos; en fin, cómo dentro de la organización física se desenvuelve lo que es la voluntad. Sólo por una nueva impresión exterior, sobre la que podemos formarnos un pensamiento, percibirnos el brazo levantado o la mano levantada. Si realmente buscarnos el íntimo conocimiento del alma, hemos de decir que lo que ocurre entre el pensamiento primitivo, con que intentamos el movimiento del brazo o de la mano, y la última impresión, se substrae a la conciencia del mismo modo a como, desde el dormirse hasta el despertarse, la vida anímica se substrae a la conciencia, con excepción de los ensueños caóticos que surgen del sueño profundo. Se puede decir que solamente en cuanto a la vida del pensar y del representarse, el hombre está plenamente despierto, mientras que el elemento volitivo encierra en sí mismo un estado de sueño, incluso en el estado de vigilia; y por paradójico que suene hay que afirmar: entre el pensamiento, que conduce a un impulso volitivo, y el haber ejecutado la acción correspondiente existe una transición comparable con lo que sucede entre el dormirse y el despertarse. El pensamiento se

sumerge inconscientemente en el ámbito volitivo desconocido y vuelve a despertarse cuando observarnos la acción ejecutada. Cuanto más se penetre en lo enigmático del desenvolvimiento de la voluntad -sólo puedo expresarlo de un modo alusivo- tanto más se llega a ver que entre el pensamiento del propósito y aquel que se refiere a la observación de la ejecución realizada, efectivamente, existe en el hombre una especie de sueño profundo dentro del estado de vigilia. A este respecto se produce un notable cambio por medio de determinados ejercicios, a través de esfuerzos de voluntad. De entre los numerosos ejercicios volitivos, indicados en mis libros, voy a describir algunos. Por ejemplo, se pueden hacer ejercicios de voluntad precisamente por ejercicios basados en el pensar. La vida anímica se caracteriza por el hecho de que, cuando se trata de describir algo anímico, las facultades que por medio del pensar abstracto tenemos que distinguir (el pensar, el sentir y el querer) en realidad no están abstractamente separadas entre sí sino que las mismas se entrelazan recíprocamente. La voluntad se entrelaza con el pensar cuando asociamos entre sí pensamientos y volvemos a separarlos, etc. Uno de los ejercicios de voluntad consiste en que, aquello que, según el curso de los sucesos exteriores se acostumbra a pensar en dirección hacia adelante, se piensa, arbitrariamente, hacia atrás. Así, por ejemplo, se piensa una poesía dramática del quinto al primer acto, hacia atrás, es decir, empezando con las últimas escenas de] quinto acto, hacia atrás hasta las primeras escenas del primer acto; o también se piensa, interiormente, una poesía o una melodía desde el fin hacia el principio.

Un ejercicio particularmente útil consiste en que a la hora de acostarse se haga pasar ante el alma lo principal de lo experimentado en el día, pero empezando con lo último y pensándolo todo hacia atrás hasta lo acontecido a la mañana. Hay que hacerlo particularizando las distintas cosas hasta tal punto que el subir una escalera se piense como un bajar, desde el último escalón hasta el primero de abajo, etc. Y cuanto más se formen las representaciones de esta manera, es decir, de un modo desacostumbrado, no ajustado a los hechos, tanto más la voluntad, habituada a obedecer pasivamente a los hechos exteriores, se desliga de estos e inclusive de la corporalidad física. Después de haber efectuado tales ejercicios, se puede buscar sostén interior, mediante otros ejercicios a los que quisiera llamar ejercicios de observación y educación de sí mismo, con seriedad. Hhay que alcanzar la capacidad de juzgar las acciones e impulsos volitivos propios, con la misma objetividad con que se juzgan las acciones e impulsos volitivos de otra persona. En cierto modo hay que llegar a poder observar objetivamente las propias decisiones volitivas y las propias acciones, e incluso hay que alcanzar algo más. Contemplando la vida propia, sabemos que en el curso de los años hemos cambiado mucho nuestro ser. Cada cual sabe que, con respecto a su disposición de ánimo y el estado de su alma, había sido otro hombre diez años atrás; pero los cambios ocurridos en el curso de los años se deben a la vida misma, a la realidad exterior. Es preciso observarlo todo desapasionadamente para darse cuenta de que el hombre se abandona de un modo pasivo a la realidad exterior. Pero él puede, con el fin de encontrar el camino a los mundos superiores, ejercitar activamente la autoeducación. En cierto modo puede orientar la educación de sí mismo, proponiéndose: voy ha deshacerme de este hábito; y con tal fin emplea todas sus fuerzas para deshacerse de un hábito, o bien, para desarrollar otra cualidad. Si a través de la autoeducación se logra realizar lo que generalmente sólo nos lo da la vida, se llegará paso a paso a lo que se puede llamar: desligar la voluntad de la corporalidad física. Y, entonces, tiene lugar algo que igualmente sólo puede caracterizar paradójicamente. Estas cosas se presentan como paradójicas; sin embargo, son absolutamente resultados certeros del sendero de conocimiento antroposófico, del camino que se puede emprender de la manera como en esta conferencia lo describo, al efecto de penetrar en los mundos superiores.

Compárese –repito que pareciera extraño- un ojo cuyo cuerpo vítreo esté enturbiado, enfermo de catarata, de modo que debido a la opacidad no sirve como órgano de la vista, compáreselo con el ojo sano y claro. Precisamente, por el hecho de que el ojo sano funciona sin que, conscientemente, nos demos cuenta de su existencia corpórea, funciona abnegadamente, por

decirlo así, dentro de nuestro organismo y, precisamente, debido a esto nos sirve como órgano de la vista. Para la vida común –no se trata de penetrar en los mundos superiores por medio de algo abstracto, dañino, sino de un modo saludable para la vida común- para ella todo nuestro organismo físico funciona como gran ojo opaco y, mediante los ejercicios de voluntad todo nuestro organismo llega a ser transparente. La voluntad se espiritualiza. Penetramos entonces en lo que se halla entre los dos pensamientos: entre el pensamiento que se propone el fin de una acción y aquel que observa la acción concluida. Al hacerse nuestro organismo plenamente transparente para el alma, penetramos en el mundo espiritual. He aquí de qué se trata. Como el ojo no existe para sí mismo dentro del organismo, así también deja de existir todo el organismo físico, si se sigue haciendo dichos ejercicios de la voluntad: en cierto modo el organismo se torna transparente. Y así como el organismo físico funciona de tal manera que por sus instintos, impulsos, emociones, y todos sus procesos orgánicos, abraza nuestros impulsos volitivos, haciéndolos opacos, sumergiéndolos en un sueño profundo, así todo ahora se torna transparente, tal como a través de su cuerpo vítreo todo lo material del ojo resulta ser transparente. Y como resultado de haber hecho de todo nuestro organismo físico un órgano sensorio transparente, hemos ahora desarrollado hasta un grado superior, una fuerza del alma, la que, yo sé, muchos no la quieren considerar como fuerza de conocimiento. Ciertamente, tal como ella aparece en la vida común, no se la debe considerar como fuerza del conocimiento, pero como se la desarrolla a un grado más elevado, se convierte en fuerza de conocimiento. Me refiero a la *fuerza del amor*. En la vida común, la *fuerza del amor* es el elemento que, como hombres, ante todo nos da valor como seres sociales. El amor es la fuerza más grande y más bella de la vida cotidiana, en lo individual y como amor social. Si lo desarrollamos a un grado más elevado, como esto se puede hacer por medio de los citados ejercicios de la voluntad y si, de la manera descripta, estos ejercicios conducen a que nuestro organismo se haga transparente, el amor se desarrolla a un grado más alto. Así, desarrollamos la fuerza para dar el paso a lo espiritual objetivo y, así, se alcanza el tercer grado cognoscitivo, que es el grado de la verdadera intuición, al que he llamado el *conocimiento intuitivo.*

La palabra *intuición* se usa también en la vida común –volveré a referirme a ella- pero aquí uso el término *conocimiento intuitivo* no como en la vida común sino en la forma como acabo de explicarlo. Se trata de un estado cognoscitivo en que el hombre se sitúa en lo espiritual, después de haber hecho su cuerpo transparente, convirtiéndolo en órgano sensorio. Y con este conocimiento se produce otra cosa más en la conciencia del alma: ahora somos conscientes de que con la voluntad, así liberada, el hombre puede vivir independientemente de la corporalidad. El hombre, mediante los pensamientos previamente intensificados, uniéndolos con la voluntad, en cierto modo vive fuera de su cuerpo; y esto le da la imagen-reflejo cognoscitiva del suceso de morir. Lo que con la muerte sucede: el hecho de que lo espiritual-anímico se desliga del cuerpo físico y que continúa viviendo en una existencia propia en el mundo espiritual-anímico, después de haber pasado el hombre por el portal de la muerte, esto se percibe como una imagen-reflejo cognoscitiva por medio del conocimiento intuitivo, al haber convertido, primeramente, en órgano sensorio todo nuestro organismo, por medio de ejercicios de voluntad. De la manera descrita, la inmortalidad reúne en sí la vida prenatal y la inmortalidad propiamente dicha; esto es, el hecho de que con la muerte física el alma no puede desaparecer. Lo eterno del alma humana se compone de la vida prenatal y de la inmortalidad. Se lo puede percibir por medio de la verdadera investigación antroposófica. Con ello, ante todo, se señala que el hombre aprende a conocer, por la visión, su propio ser eterno.

Pero cuando de tal manera el hombre aprende a conocer su propio ser anímico-espiritual, igualmente, se aprende a conocer el mundo circundante espiritual-anímico. Por el *conocimiento inspirativo* y el *intuitivo* llega a conocer el mundo espiritual-anímico, en que el alma vive antes de la concepción y después de la muerte: un mundo de verdaderas entidades espirituales. Así

como ante nosotros se extiende el mundo sensible, al que percibimos por medio de los sentidos como el mundo en que viven los seres sensibles, así también ante el alma, que es consciente de su propia existencia espiritual-anímica, se extiende el mundo espiritual-anímico, del que hemos salido al producirse la concepción y el nacimiento y en el que volvemos a entrar a través del portal de muerte. Y así como de nosotros se desprende la propia corporalidad, también cesa lo que en sentido físico-corpóreo nos había unido con otros hombres y, en cuanto a nuestro ser espiritual-anímico, volvemos a encontrarnos con ellos. La *inmortalidad*, la morada en el mundo espiritual, se muestra efectivamente como resultado cognoscitivo. Además, para la visión que se puede desarrollar de la manera descripta, también se alcanza conocer aquel mundo espiritual-anímico que se halla escondido en la naturaleza espiritual, como lo están los colores y los sonidos en el mundo sensible, ese mundo espiritual-anímico que constantemente nos rodea y que no es posible investigar sobre la base de las leyes del conocimiento de las ciencias naturales, por medio del pensar abandonado a sí mismo. Y de por sí toda la naturaleza se nos presenta entonces como algo distinto de lo que ella es para la observación sensible. No como si la naturaleza exterior desapareciese en cuanto a sus cualidades y substancias materiales, sino que ella sigue existiendo para el conocimiento suprasensible, al igual que el hombre sano, dotado del sentido común, sigue existiendo al lado de la personalidad que se desarrolla por las fuerzas cognoscitivas superiores. Pero juntamente con la naturaleza exterior se nos presenta una naturaleza espiritual, suprasensible. Lo que parece ser una contradicción, lo voy a explicar mediante un ejemplo de tal visión espiritual dentro de la naturaleza. Para la concepción científica común, el sol con sus contornos se presenta en el universo. Por la astronomía y la astrofísica construimos el aspecto del sol en cuanto existe y actúa en el espacio físico. Pero para la investigación que se basa en las facultades superiores, tal como las he descripto, el sol se presenta además como algo bien distinto, pues se llega a saber que aquello que, en el espacio existe como el cuerpo físico del sol, no es sino el vehículo, el cuerpo de algo espiritual; pero esta espiritualidad se extiende por todo el espacio a nuestro alcance. Las fuerzas solares obran en todo este espacio y estas fuerzas fluyen a través de los minerales, vegetales, animales y nuestra organización humana. Estas fuerzas solares, en cierto sentido, se hallan consolidadas y concentradas en lo espacial-físico exterior del cuerpo del sol; pero, también, existen por doquier.

Así como llegamos a conocer la naturaleza exterior, expresándola mediante pensamientos abstractos y a través de la representación gráfica exterior, así también obra en lo profundo de la naturaleza espiritual de nuestro ser la base espiritual de la naturaleza. Si observamos los pensamientos abstractos en nuestro interior: son imágenes de la naturaleza física exterior. En cambio, si observamos lo espiritual del mundo exterior y si percibimos la fuerza solar en nuestro propio interior, sólo entonces llegamos a conocer nuestra organización, pues descubrimos la fuerza solar en la propia naturaleza humana, en todas las fuerzas que, intensamente, actúan mientras se desarrolla nuestro crecimiento; se trata de las fuerzas que, en nosotros, actúan durante la infancia, las fuerzas que, principalmente, emanan del cerebro y que, ante todo, son activas como fuerzas plásticas durante la niñez para formar nuestro organismo físico. Llegamos a conocer la expresión de la fuerza solar en nuestro propio organismo y conocemos, también, cada uno de los distintos órganos, a saber: el corazón, el pulmón, el cerebro, etc., en cuanto en ellos existe la expresión particular de las fuerzas solares. Los conocemos, a cada uno de ellos, con respecto a las fuerzas plásticas formativas en su relación con lo solar. Y no vacilo en describir, por lo menos en lo fundamental, todo esto que a los hombres de nuestro tiempo todavía les parece paradójico o fantasioso; pero se trata de resultados seguros de la investigación antroposófica.

Análogamente a como conocemos las fuerzas solares, también llegamos a conocer las fuerzas lunares; de la luna física conocemos los contornos físicos; pero las fuerzas lunares igualmente se extienden por todo el universo a nuestro alcance y estas fuerzas, a su vez, influyen en todos los reinos de la naturaleza, en lo mineral, lo vegetal, lo animal, como asimismo en nuestro organismo físico. En todo el organismo humano llegamos a conocer el íntimo obrar de las fuerzas lunares, las fuerzas catabólicas, las que son particularmente activas cuando nos encontramos en la fase evolutiva descendente, del envejecimiento. Pero estas fuerzas catabólicas, al igual que las fuerzas solares, siempre actúan en el proceso de la nutrición, tanto en la juventud como más tarde en la vida. Llegamos a conocer el hecho de que todo el cosmos influye en el organismo humano y esto, también, nos hace conocer todos los procesos que existen en el organismo humano, la relación del cosmos con la entidad humana. Y así como acabo de explicar lo fundamental de lo solar y de lo lunar, también es posible exponer otros aspectos cósmicos. De esta manera, se llega a conocer la relación entre la entidad humana y el espíritu de la naturaleza dentro del cosmos, de un modo más íntimo de lo que la ciencia común y la vida común la conocen.

Con lo expuesto, también, he arribado al punto en que es posible hablar de que la Antroposofía, si bien de la manera descripta se ha desarrollado como ciencia de lo suprasensible, no por eso deja de ser fecunda en cuanto a la vida práctica y en las distintas ciencias de todos los campos de la existencia. En primer lugar, he de destacar que, por el hecho de comprenderla en su relación con el cosmos, el conocimiento de la naturaleza humana se hace asequible en un sentido bien distinto de lo común. Ya el organismo físico humano se presenta, entonces, como una suma de procesos: lo que, comúnmente, aparece como corazón aislado, pulmón aislado, cerebro aislado, se convierte, de un modo antes desconocido, en procesos, en algo que va desarrollándose. Se llega a conocer que, de distintas maneras, en cada órgano actúan fuerzas constructivas, anabólicas, y fuerzas destructivas, catabólicas; así, se puede establecer una fisiología y una biología espirituales. Ante todo, dichos conocimientos resultan ser fecundos en el campo de la medicina, en cuanto a la patología y la terapéutica, la ciencia médica en general. Quien, de la referida manera, comprende el organismo humano, también llegará a conocer las fuerzas anormales anabólicas, esto es, los procesos proliferantes en el organismo humano, como asimismo las fuerzas anormales catabólicas, o sea, los procesos inflamatorios, etc., según sus causas. Además, con respecto a un anabolismo anormal, es decir, un proceso proliferante, por ejemplo, también se conocerá el proceso contrario por el obrar conjunto de lo solar y de lo lunar: se sabrá descubrir el correspondiente remedio en una planta, en un mineral. Se sabrá que un proceso proliferante en el organismo humano se relaciona con un proceso catabólico en una planta, un mineral y cosas parecidas. En fin, en vez del mero tentar en cuanto a los remedios, se alcanza un claro conocimiento con respecto a cómo todo lo que existe en la naturaleza puede obrar en el organismo humano a través de los procesos catabólicos y anabólicos y por los procesos cósmicos que actúan en todos los seres. Exponiéndolo en sus pormenores impresiona de un modo tan fecundo que, efectivamente, numerosos médicos se sintieron inducidos a interesarse por lo racional de tal medicina. En Dornach, cerca de Basilea, Suiza, y también en Stuttgart ya existen institutos médico-terapéuticos, bajo la dirección de especialistas, los que van introduciendo en la medicina lo fructífero que, por la investigación antroposófica, sobre fundamentos espirituales, se puede añadir a lo que la investigación exterior de las ciencias naturales es capaz de encontrar con respecto al cuerpo humano y los medicamentos. Ante todo es preciso afirmar: ni en este campo ni tampoco en cualquier otro la Antroposofía tiende hacia una oposición injustificada contra el método científico de nuestro tiempo. Por el contrario, la Antroposofía, correctamente concebida, tiene su fundamento en el método estrictamente científico y de ningún modo tiende a combatir la medicina tradicional, sino que únicamente desea ampliar su desarrollo.

Lo artístico es otro campo. La Antroposofía existe desde hace dos decenio (desde principios del siglo veinte). En un momento determinado, sucedió que representantes de la concepción antroposófica del mundo sintieran la necesidad de construir, para la Antroposofía, la casa propia. Debido a circunstancias que no hace falta explicar, este edificio se construyó en Suiza, cerca de Basilea. Podemos preguntar: ¿cómo se hubiera hecho esta construcción por iniciativa de otro movimiento espiritual? Ciertamente, dentro de otro movimiento espiritual se hubiera llamado a un arquitecto y éste hubiera creado un edificio, según el estilo del Renacimiento, rococó, románico o gótico, o bien, una construcción mixta; en fin, un edificio simplemente como marco exterior de lo que en él se lleva a cabo. La Antroposofía no lo puede hacer de tal manera, pues ella no quiere expresar ninguna teoría, nada que tenga que ver con el intelecto humano, nada que se podría realizar dentro del marco de un edificio cualquiera, sino que la Antroposofía se propone dirigirse al hombre como un todo. Del mismo modo que ella habla de todo el organismo humano como órgano sensorio, así también lo que, a través de ella, aparece en el mundo, es expresión de la totalidad del ser humano. No es imaginable que la cáscara de la nuez estuviese formada según otras leyes que las que forman la carne de la nuez. Algo parecido ocurre cuando la Antroposofía se propone construir un edificio, pintar, hacer esculturas, etc. Para crear el marco respectivo, se requiere que, en cierto modo, todo lo artístico emane de las mismas leyes en que se basan las ideas que, por la visión del mundo espiritual, se pronuncian desde el estrado. En virtud de ello, no se ha elegido un estilo arquitectónico común, ya existente, sino que se ha creado un estilo nuevo. Por imperfecto que se presente, se ha hecho algo nuevo. Se ha aspirado a algo que se puede caracterizar como sigue: en el edificio, construido en Dornach, la formación de cada pared, de cada columna, de cada escultura y pintura, debió ser la manifestación de lo mismo que las ideas que, desde el estrado, se expresan como Antroposofía y que, por la visión, se traen de los mundos superiores. La palabra que se pronuncia no es sino una forma por la que se expresa lo que, artísticamente, va formando el ambiente; todo está vertido en formas artísticas. Para dar la más íntima expresión de su teoría del arte, Goethe ha dicho: "El arte es una manifestación de las leyes ocultas de la naturaleza, las que, de otro modo, jamás se manifestarían"; y él ha expresado otra palabra significativa: "El que está por captar la revelación de los más íntimos secretos de la naturaleza, siente el profundo anhelo de su más digno intérprete, el arte". Este anhelo se siente más intensamente cuando, por la visión suprasensible, se revela en el alma el espíritu que obra en la naturaleza: lo que así se obtiene no son alegorías abstractas, antes bien, verdadera formación espiritual y, con ella, surge la sensibilidad con respecto al material para trasladar las formas espirituales a los distintos materiales como algo verdaderamente artístico. De tal manera, la Antroposofía va fecundando todos los campos artísticos.

En tercer lugar, se evidencia en la pedagogía lo fecundo de la Antroposofía, con nuevos impulsos para la vida. Al fundarse y al producirse el rápido crecimiento de la escuela libre 'waldorf", en Stuttgart, esta nueva pedagogía ha sido descripta en muchas conferencias y en escritos. Se trata, precisamente, de transformar espontáneamente lo que la Antroposofía puede dar en habilidad, especialmente, en habilidad pedagógico-didáctica; pero no se trata de inculcar a los alumnos de las escuela ideas antroposóficas. En virtud de que la Antroposofía da un verdadero conocimiento del ser humano, proporciona, también, el fundamento espiritual para ejecutar lo que realmente existe como buenas máximas dadas por los grandes pedagogos del siglo XIX. Para la práctica pedagógico-didáctica es preciso poseer el verdadero conocimiento del ser humano; y si se conoce plenamente la totalidad del ser humano, constituido por cuerpo, alma y espíritu, será posible leer en la naturaleza del niño mismo el plan y los fines de la enseñanza, según todas las edades del educando.

Por último, y refiriéndome a otros campos más, quiero hacer constar que la Antroposofía, basándose en los conocimientos de todo lo concerniente al ser humano, también puede dar ideas fecundas para la vida social. Hemos visto que la aplicación unilateral del modo de pensar de las ciencias naturales llega a sus límites, sin poder comprender la verdadera naturaleza del ser humano, y que dicho modo de pensar tiene que surtir efectos destructivos cuando se vierte en los impulsos sociales. No creo que, en amplios círculos, ya existe el discernimiento libre de prejuicios para poder comprender cuán destructivo, para toda la civilización de la humanidad, resulta ser lo que, en el este de Europa, como consecuencia de la concepción que meramente se basa en lo natural, se ha convertido en realidad práctica como impulsos para la vida social y, al mismo tiempo, en ilusiones realizadas. Sobre toda la actual civilización se cierne, como una gran amenaza, lo que en el este de Europa ha tomado su comienzo destructivo. Si se profundizan también los impulsos sociales, pero sin basarse exteriormente en lo instintivo y lo meramente natural en el ser humano, y sin considerar las acciones humanas libres como meros instintos superiores, sino reconociendo la verdadera libertad espiritual del hombre como, según los principios antroposóficos he tratado de describirla, al principio de la década de 1890, en mi libro "La Filosofía de la Libertad", entonces se crearán impulsos sociales que tomarán en consideración la convivencia de los hombres, según la totalidad de su ser, y que podrán corregir y espiritualizar lo que, en la actualidad, se cierne como fuerza destructiva, cual un horrible espectro del futuro, sobre la civilización humana.

He mencionado algunos ejemplos para demostrar de qué manera la Antroposofía puede dar impulsos fructíferos para la vida. Si se considera libre de prejuicios la vida ética y moral, como en el referido libro "La Filosofía de la Libertad" he tratado de hacerlo, y de colocarla sobre una base segura, se encontrará el concepto de la intuición. En dicho libro, he podido mostrar que aquello que vive en la conciencia moral (en el fuero interior moral), se ha obtenido espontáneamente de los mundos espirituales, mediante una intuición inconsciente del pensar puro, esto es, mediante una inconsciente intuición moral. Los verdaderos impulsos morales, que surgen del fuero interior, son intuiciones morales provenientes del mundo espiritual, pero su verdad sólo se concibe por medio de los conocimientos inspirativos e intuitivos, como antes los he descripto desde puntos de vista antroposóficos.

Con sus conocimientos la Antroposofía también responde los sentimientos más íntimos y más importantes del alma humana; ante todo a la religiosidad. Decir que la Antroposofía quiere fundar una secta o una nueva religión equivaldría a una calumnia, pues al apoyarse en los fundamentos del conocimiento, como los he descripto, no puede propender a lo sectario, ni tampoco fundar una nueva religión. Pero a las distintas religiones y a los anhelos religiosos les ayuda, en un sentido favorable, mediante el conocimiento suprasensible; y se podría suponer que, justamente, los representantes de las distintas confesiones deberían sentir profunda satisfacción si, en nuestro tiempo, aparece una corriente espiritual que, a través del conocimiento, fundamenta lo que busca la fe. Tampoco se comprende que las autoridades de las distintas confesiones no consideren la Antroposofía como un fortalecimiento de la vida religiosa, sino muchas veces como algo opuesto. Si ellas llegaran a conocer la Antroposofía, según sus fundamentos, no meramente por un juicio superficial, podrían considerarla como el más firme sostén de la verdadera religiosidad y de la vida religiosa, pues is para la inquietud del alma, no sólo en el mundo de los sentidos, sino desde los mundos suprasensibles, se enciende la luz del conocimiento, esto no podrá influir desfavorablemente sobre la fe, sino que le da un fuerte apoyo de verdadera religiosidad y, también, en lo moral se abren para el alma poderosas fuentes de bondad. Para su actuar moral recibe el contenido, la seguridad y los fines de la vida, pues sabe considerarse como partícipe del mundo espiritual, así como el cuerpo físico forma parte del mundo sensible. Considerándose como partícipe del mundo espiritual, el hombre volverá a sentir su verdadero valor humano y alcanzará la verdadera ética y moral, dignas de un ser humano.

Permítaseme, por consiguiente, resumir mediante una imagen lo que he querido exponer como los fundamentos de la Antroposofía. Se nos presenta el ser humano, se nos presenta su corporalidad física, pero sólo conoceremos toda su naturaleza si nos damos cuenta de que su fisonomía es expresión de su alma; si consideramos sus movimientos como expresión y revelación de lo físico-natural de su corporalidad y si, a través de su existencia físico-corpórea, vemos translucir lo anímico-espiritual. Las ciencias naturales, plenamente reconocidas por la Antroposofía, en cuanto a sus designios justificados, nos dan en cierto modo los conocimientos del universo exterior. El conocimiento mismo de la naturaleza físico-sensible constituye algo corpóreo en su interpretación intelectual. Pero así como el ser humano sólo se nos presenta en su totalidad, si a través de aspecto físico-corpóreo se revela su ser anímico-espiritual; así también el conocimiento de la naturaleza se nos presenta en toda su amplitud, si a través de todo lo que la naturaleza nos ofrece como hechos, experimentos, revelaciones y sus propias leyes se expresa, como una maravillosa fisonomía, el conocimiento de un mundo espiritual-anímico. Para el cuerpo representado por el conocimiento que se nos presenta en las ciencias naturales exteriores, la Antroposofía quisiera ser al alma, el espiritual de un verdadero, amplio conocimiento del ser humano y del mundo.